



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Paper Universitario

TÍTULO

**REFLEXIONES SOBRE CONSUMO CRÍTICO: APORTES
PARA ENTENDER EL CONSUMO CONSCIENTE DE LOS
LLAMADOS PRODUCTOS ECOLÓGICOS**

AUTORA

**Mónica Izurieta Guevara,
Docente del Área de Salud,
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Quito, 2019

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

REFLEXIONES SOBRE CONSUMO CRÍTICO

Aportes para entender el consumo consciente de los llamados productos ecológicos

La teoría clásica de la economía, con su enfoque positivista y cartesiano, supone al consumo como un conjunto sistemático y lógico de decisiones para la satisfacción de deseos en un marco de oferta y demanda en el cual el sujeto consumidor se expresa como el *homo economicus* que actúa racionalmente y motivado por el interés de maximizar sus beneficios. Desde esta corriente, los consumidores - de acuerdo a su renta - tendrían la libertad de optimizar sus recursos y obtener las mayores utilidades de los bienes que adquieren en una economía de libre mercado. Estos son los supuestos más comunes de la teoría del consumidor en la economía clásica.

Es entonces claro entender por qué esta postura teórica está en crisis. El enfoque tradicional de la economía no logra explicar los procesos de circulación y consumo en toda su complejidad, pues éstos son desvinculados de las estructuras del modelo económico y civilizatorio que determinan el ejercicio de la apropiación y uso de los bienes; el campo de la economía clásica también separa al consumo de su forma: cultura, identidad y subjetividades grupales e individuales que intervienen en las prácticas de apropiación y uso de los bienes. Sus dimensiones de análisis son o bien relegadas a un plano individual de oferta y demanda, preferencias, maximización de beneficios (microeconomía) o a un plano general – estatal y privado (macroeconomía) como componente que forma parte del producto interno bruto.

Otro aspecto de importante crítica a la economía clásica en su abordaje sobre las categorías de producción y consumo es el hecho de que la *naturaleza* es concebida como un recurso más para la esfera de producción, desde la cual se debe buscar la mayor eficiencia y para la que pocas veces se le asigna un valor justo; de tal manera que, en nombre de un mal llamado *crecimiento económico* de carácter productivista y antropocentrista, hemos superado la biocapacidad de la tierra para atender las necesidades del modelo económico actual, comprometiendo seriamente a los ecosistemas que sustentan la vida de la humanidad.

El problema radica en el modelo capitalista como rector de la reproducción social humana y mediador de nuestras relaciones con la naturaleza. La lógica de crecimiento económico basado en la explotación de seres humanos y de recursos naturales no puede ser el marco de formas de producción y consumo que sean sostenibles para el planeta. El modelo capitalista, ahora acelerado, tiene una gran “falla de fábrica” y es que su mecanismo separa al ser humano de sus capacidades autónomas de generar su propio proyecto de vida en las dimensiones de trabajo y consumo al tiempo que lo aleja de la naturaleza y de los otros seres humanos.

A este mecanismo de acumulación y crecimiento -sin otro objetivo que el crecimiento en sí mismo- le acompaña un *campo instrumental* para cada dimensión de producción y consumo así como una forma subjetiva, de semiótica distorsionante. Los seres humanos no solo producen y consumen cosas, también producen y consumen formas en las que se expresan identidad y significados. Por ello, al producir y consumir *transformamos*, damos forma. En un modo capitalista de producción y consumo esa forma está determinada

y distorsionada por el mecanismo de acumulación. Sin embargo, no es una determinación en una sola dirección, existen posibilidades contrarias a este movimiento de subsunción que se dan desde un ejercicio colectivo autónomo con capacidades de incidencia para cambiar la lógica destructora de un mecanismo desmedido y destructor de formas de vida.

Los procesos de consumo pueden ser entendidos desde movimientos en doble sentido, aquel que está determinado por la lógica de un modelo económico en un momento histórico dado y que configura la reproducción social de los sujetos consumidores; y un segundo movimiento en sentido contrario; que desde el margen de una autonomía individual y colectiva, ejerce presión sobre las determinaciones estructurantes y genera transformaciones. El espacio de circulación y consumo de bienes es por tanto un escenario de disputa.

En este contexto, ¿cómo interpretar a los productos ecológicos a la luz de las reflexiones de un ejercicio de consumo -y producción- críticos? Qué postura tomar frente a una contradicción: una creciente disponibilidad de productos ecológicos, pero disponibles a través de cadenas de supermercados. Supone una encrucijada: apropiarse de los productos ecológicos a través del campo instrumental de un supermercado. ¿Es un consumo consciente o se trata realmente de un *greenwashing*? Para los supermercados los productos ecológicos son abordados como una oportunidad, como cualquier otra que se pueda desarrollar para aprovechar un nicho de mercado. Este hecho disonante permite preguntarse cuáles son las herramientas concretas que suponen una alternativa para colocar en el mercado a los productos ecológicos sin que dependamos del mecanismo de los sistemas de distribución oligopólicos y destructores de la naturaleza.

Los productos ecológicos deberían definirse más allá de su sello verde o etiquetas *fair trade*, tal vez ni siquiera debieran llamarse ecológicos simplemente. Los bienes que son producidos desde el sentido de un proyecto de vida de productores autónomos que se relacionan en armonía con la naturaleza trascienden el adjetivo ecológico; si estamos conscientes de ello, es más fácil el ejercicio de un consumo crítico, aquel que sea coherente con una consciencia y praxis emancipadoras. Esto quiere decir que un consumo crítico supone la apropiación, transformación, uso y disfrute de objetos que provienen de ese tipo de trabajo en el que hombres y mujeres cuentan con el dominio de su propio campo instrumental y cuyos modos de transformar esos bienes se encuentren en armonía con la naturaleza. En este proceso existe una forma, una cultura de producción y consumo no alienada.

Desde esta reflexión un producto ecológico en la percha de un supermercado oligopólico no hace sentido, pues la lógica de estos canales de distribución corresponde a un modelo que reproduce relaciones de poder inequitativas y a un sistema de gestión no sustentable. Además los modos de circulación y venta de productos, aunque ecológicos, desde el modelo capitalista eliminan las formas generadoras de identidad y cultura que se dan en un espacio de intercambio de productores y consumidores cara a cara.

Una figura alternativa a este modelo supone la asociación de productores y consumidores para la génesis de formas emancipadoras de circulación e intercambio de

productos “vivos”. Lo importante es reproducir estos espacios de esperanza enmarcados en principios de solidaridad, sustentabilidad y autonomía en la producción y consumo de bienes. Si estos espacios no se generan, las alternativas para productores y consumidores seguirán obedeciendo a las formas capitalistas.

Tiempo para otras formas de economía casi no nos queda, al 2050 con este ritmo de crecimiento necesitaríamos dos y medio planetas Tierra. La génesis de espacios emancipadores de producción y consumo demanda acciones concretas en el corto plazo, acciones que sean capaces de cambiar la forma actual de crecimiento no medurado de nuestras economías que están caducas y en crisis. Los procesos de consumo crítico contemplan un nivel de consciencia no alienada y praxis para la transformación, acciones emancipadoras colectivas y autónomas, capaces de responder a los desafíos de sustentabilidad de nuestro planeta y la salud de sus pueblos, acciones que permitan una reconexión con nosotros mismos, con las y los otros y con la naturaleza.

Mónica Izurieta Guevara

Quito - Ecuador.